

ghieri en sus sublimes tercetos, maldijeron á Constantino, por haber puesto esa inmensa pesadumbre material sobre las divinas y espirituales alas del Pontificado católico. Y el gran erudito, Lorenzo Valla, discutiendo crítica, filosófica, filológicamente la donacion constantina, encontróla tan opuesta á la razon y á la historia, que la redujo á cenizas. Y como sucedia á todos los hombres del Renacimiento, no se contentaban, no, estos atletas de la erudicion, no se contentaban con afirmar, tenian necesidad de combatir y de combatir rudamente á sus adversarios. Y para combatirlos lanzaban sobre las costumbres del clero, sobre su crasa ignorancia, sobre sus supersticiones los mas acerados dardos. Parecia natural que fuesen perseguidos por sus irreverencias y sus desacatos; y no lo eran; y los Papas mismos los llamaban á su lado, y Lorenzo Valla, despues de haber destruido las mas piadosas tradiciones, sobre la antigua donacion constantina, recibia de los Papas agasajos y homenajes, como si de un verdadero príncipe se tratara, por traductor y comentador de Tucídides. Así, al calor de estos sentimientos, renacia la vida de la antigüedad; prosperaban los dias del arte; doblábase el espíritu humano en el tiempo como se doblaba el planeta terráqueo en el espacio.

Todas las ideas del Renacimiento gravitaban, como en torno de su sol, en torno de Lorenzo de Médicis, mas bien pagano que católico, cual tantos grandes hombres de estos últimos dias de la Edad media. Su paganismo estaba templado por la profesion de una doctrina griega, verdaderamente espiritualista, y que infundiendo en los moldes clásicos el idealismo, comenzó á romper el equilibrio entre el alma y el cuerpo, la armonía entre la forma y el fondo, la paz de la religion pagana, preparando por profética manera el advenimiento providencial del Cristianismo. Platon, fundador de esta doctrina, tenia por entonces en Florencia tanta autoridad y tanto espacio como pudiera tener Cristo en la Iglesia. La Academia renacia, los diálogos antiguos resucitaban; bajo los plátanos idénticos á los del Pireo, sobre altares de mármol ornados con bajos relieves helénicos, su busto verdaderamente sacerdotal, resplandecia entre un coro de discípulos, no menos ilustres que los reunidos en Atenas, los cuales hablaban indistintamente en griego y en italiano, expresando aquellas ideas sobre Dios y sus atributos, sobre el alma y sus facultades, sobre la inmortalidad y sus esperanzas, sobre las ideas y sus arqueti-

pos, sobre los arquetipos y su verbo, sobre el verbo y su divinidad, aquellos principios que parecen como interiores irradiaciones del espíritu humano y que han formado la sustancia inmortal del Cristianismo. Posesor Aristóteles, por espacio de muchos siglos, poseedor absoluto de la ciencia y de la conciencia en la Edad media, no podia ceder el cetro á su maestro y á su rival, sin que sus discípulos resistieran y contrastaran este nuevo esfuerzo por el idealismo trascendental, tan opuesto á la razon práctica y á la experiencia limitadísima de la antigua escuela aristotélica. Los combates entre los mantenedores de la doctrina aristotélica y los mantenedores de la doctrina platónica empeñábanse con tanto furor, cual pudieran empeñarse las guerras civiles en las ciudades y en los campos. Aquellos hombres, consagrados al culto de las ideas que deben dar serenidad á las inteligencias y paz á los ánimos, revolvíanse unos contra otros, combatiéndose y denostándose, cual si estuvieran comprometidos y empeñados en una guerra implacable y á muerte. No sabian que Aristóteles y Platon, partiendo de diversos puntos, se encuentran y se identifican en la inmensidad del espíritu. Sube el uno, andando, de la tierra al cielo, y baja el otro, como si volara, del cielo á la tierra; parte el uno de lo universal para encontrar lo particular, y parte el otro de lo particular para construir lo universal; busca el uno todo cuanto se da á priori y busca el otro todo cuanto se da á posteriori en nuestra compleja y múltiple naturaleza; ve el uno las esencias y las sustancias, y ve el otro las formas y las determinaciones; pero ambos á dos, opuestos y antitéticos á primera vista, se reconcilian y se unen allá en las cimas del alma humana; porque son reunidos los dos fases del espíritu; los dos términos de la idea, los dos polos del sér, los dos eternos aspectos de la ciencia, como el cuerpo y el alma de la humanidad entera. Tres grandes caracteres señalaban la Florencia del siglo décimoquinto: el culto al platonismo, el culto á la antigüedad, el culto al arte. El culto al platonismo estaba representado por hombres como Bessarion y Ficino; el culto á la antigüedad estaba representado por hombres como Poggio y Valla; el culto al arte por hombres como Ghiberti y Donatello; solo faltaba el culto á la libertad unida con el Cristianismo, y este culto hallábase representado por Jerónimo Savonarola. Naturalmente, representando Savonarola el culto á la libertad y el culto al Cristianismo, frente á frente de Lorenzo de Médicis,

que representaba el culto al arte y al sensualismo pagano del Renacimiento, debian estas dos naturalezas contradecirse con una contradiccion irremediable y contender en una contienda sin tregua. Los Médicis cultivaban las artes, favorecian á los artistas, frecuentaban las Academias, reunian los sabios venidos de Grecia, adoraban á Platon, departian con los filósofos en los nuevos jardines de Academo, no tanto por amor puro al ideal científico ó artístico, no tanto por estos impulsos desinteresados como por el propio engrandecimiento y el poder propio en la República. Teniendo que habérselas con aquel pueblo cultísimo, artístico, elocuente, inspirado; su autoridad no podia ser francamente despótica, y se acomodaba con acomodamientos aprendidos en una larga experiencia, y derivados de una irremediable hipocresía, al carácter del pueblo florentino, mas propio para deslumbrado por los resplandores del ideal que para sometido por la pesadumbre de la fuerza. Savonarola debia odiar en Lorenzo el sensualismo anti-evangélico, la hipocresía anti-moral y la autoridad absoluta, mas odiosa para su sincero carácter cuanto mas se componia y enmascaraba con fingidos afeites.

Lorenzo de Médicis cultivaba él mismo la poesía; y comerciaba directamente con las musas. Y si examinarais hoy sus composiciones, sorprendentes por la pureza del toscano en que están escritas y por el número y el ritmo y la cadencia, seguramente habia de pasmaros que apenas parezcan escritas en su tiempo ni inspiradas en ninguno de los sentimientos que entonces agitaban al corazon humano y de las ideas que agitaban entonces á la humana conciencia. No puede darse nada mas ajeno á su edad que esta poesía, toda ella inspirada en lejanos modelos, y toda ella artificiosa, y como destituida de naturalidad, destituida tambien de estro interior y de verdadera inspiracion. Hay algunas composiciones, nacidas de ideas propias de aquel tiempo, como la Comedieta que tiene por asunto los últimos dias del Paganismo y por nombre San Giovanni e Paolo. Pero, en estas mismas, se ve que el poeta busca con preferencia un tema retórico y no un asunto, sentido allá en su corazon, y no un asunto que le merezca el verdadero amor con que los creadores miran á las legítimas criaturas de sus entrañas. Se ve que los asuntos poéticos están escogidos como temas y no como inspiraciones. La forma es de una perfeccion increíble, pero el fondo de una ligereza apenas aceptable en un

poeta que tomara su profesion como un mero divertimento. Hasta en las mismas canciones de amor, en que la naturaleza está sentida con verdadera ingenuidad; y este sentimiento expresado en versos adorables por lo armoniosos y por lo correctos, la verdadera pasion, la pasion amorosa apenas aparece; y si aparece, fíngela en sus abstracciones la mente y no la vivifica y no la enciende el corazon apagado para los grandes afectos y solo dispuesto á encontrar tésis y flores retóricas. Aun hay algun dolor en la descripcion, que de la muerte de hermosa jóven nos presenta en rimas émulas de las rimas de Petrarca; pero cuando trata de pedir su afecto á una mujer llamada Lucrecia, la imitacion de los modelos antiguos resalta tanto y el aparato retórico se ostenta con tal artificio y engaño, que el alma queda fria ante aquella estatua de correctas líneas y de ninguna animacion. No digamos nada del género bucólico, que cultiva en su poemita de Corinto, porque ya ese género merece de suyo el dictado de artificioso; pero digamos, sí, que en el poemita de Ambra, ninfa de un afluente del Arno, amada por el pastor alpino, que se llama Laurencio, en este poemita impera servil imitacion de Ovidio, hasta en la manera con que se componen y arreglan los exámetros. Si aparece un poco Florencia en el poemita de Beoni, es para dar asunto á la risa y para poner en ridículo algunos caracteres florentinos; como si aparece la religion en el poema de San Giovanni e Paolo, es para mostrar cómo habia decaido el sentimiento religioso en los hombres mas ilustres de aquel tiempo. Alguna mayor inspiracion se nota en los Laudes, poemitas llenos de ideas que conducen á la alianza del Platonismo con el Cristianismo. Pero donde se ve su carácter propio, y el carácter de su tiempo, es en las canciones compuestas para los bailes y en las canciones compuestas para el Carnaval, henchidas todas ellas de ese sensualismo que corrompia las costumbres y que apagaba la inspiracion. Tales prostituciones de la poesía, de esa vírgen celeste que Savonarola adoraba ora en lo interior de su mente exaltada, ora en las figuras divinas de Fra Angelico; tales prostituciones de la poesía, iba diciendo, eran parte, y parte principalísima, ciertamente, al odio que el tribuno de la religion y de la libertad guardaba en su noble corazon al tirano enemigo de la República y corruptor de la voluntad y de la conciencia.

La enfermedad última de Lorenzo de Médicis vino á demostrar una vez

mas cómo toda tiranía se resuelve en podredumbre, y cómo el dominio espiritual del mundo queda siempre á las ideas puramente creidas y á las grandes virtudes con desinterés y abnegacion practicadas. Un mal terrible roia las entrañas de Lorenzo el Magnífico, y lo empujaba á sus últimos y supremos instantes. Deseoso de contrastar la enfermedad y de tener algun respiro, habíase refugiado á la quinta de Careggi, fresca y risueña, bajo cuyas sombrías alamedas discurrieran en no lejanos meses los artistas rebosando inspiraciones y los filósofos rebosando pensamientos. A pesar de morir en el pleno goce de su autoridad y de su poder, como la muerte siempre es tan triste, acompañábanle bien pocas personas en aquel triste y último trance de su gloriosa vida. Entre estas se encontraba el poeta Angel Policiano, que no quería separarse de su protector y de su amigo, al cual lloraba con abundantes lágrimas y amarguísimos sollozos, cada vez que recogía una de esas miradas en las cuales se retrata, como en los arreboles de la tarde la despedida del día, el adios último de un triste moribundo. Iba también á verle aquel, que podía llamarse su hijo espiritual, su predilecto, Marcilio Ficino, el cual con grande elocuencia le hablaba del alma y de sus relaciones con el espíritu universal, y le decia cómo esta alma bajaba de los cielos, cual una alondra misteriosa, para tener en la tierra su nido de barro y tornar cantando y aleteando á su celeste origen. Sí; en aquella pura elocuencia de Marcilio, en aquella riqueza de ideas debida al comercio con los inmortales maestros de la antigüedad evocados á sus conjuros, debía encontrar Lorenzo muchos consuelos, sobre todo cuando le hablaba del origen celeste y del destino sobrenatural del alma humana, centella que viene de Dios, pasa brillando fugazmente por nuestra inferior atmósfera, y vuelve á Dios en sus sublimes y eternas parábolas.

Pero no bastaban tales ideas, á quien iba tristemente á presentarse en el último juicio, y soportaba sobre el corazón y sobre la conciencia el peso insoportable de tantas y tan abrumadoras grandezas, cuya inania, en toda su desnudez aparecida á esta hora angustiosa, no quitaba ni siquiera un ápice á la tremenda responsabilidad de quien las habia sentido y gustado. El oro de los Médicis, con ser tanto, no pudo sobornar al destino, que tenia en sus inescrutables designios decretada inapelablemente aquella muerte. Los médicos mas famosos de Italia, fueron á la sazón, y con este motivo, consultados. El

mas célebre, Lazzaro, inventó un brebaje compuesto de piedras preciosas, que no pudo conjurar ni disminuir siquiera la terrible enfermedad. Sentia tristemente aproximarse la muerte, y no acertaba con quién pudiera en esta hora crítica y solemne ni ayudarle á bien morir ni esclarecerle en el exámen de conciencia. Todas las rodillas habian flaqueado en su presencia y todas las cabezas mas orgullosas y mas erguidas habíanse inclinado al peso de su prestigio como las flores al calor del sol. Nadie, ni en la Iglesia misma, en ese asilo de la verdad, podía decirle todo cuanto necesitaba saber para congraciarse con Dios y con la historia. Un sacerdote le habia ingenuamente absuelto; pero Lorenzo dudaba si aquella absolucion habia sido arrancada por el arrepentimiento del pecador ó por la autoridad del príncipe. Tomó la comunión última con trasportes de verdadera fe y con muestras de profunda pena; pero ni siquiera la íntima persuasion de haber recibido el cuerpo y la sangre de Cristo aquietaba los latidos de su corazón desgarrado y las voces de su clamorosa conciencia. La humillacion general, que tanto le sirviera en vida, le deservia y le apenaba en muerte. Habia menester de la verdad y de la franqueza quien por su oficio se hallaba rodeado de la adulacion y de la mentira.

Entonces se acordó profundamente de aquel, cuyas rodillas jamás habian flaqueado en su presencia; de aquel, cuya frente jamás habia ceñido sus favores; de aquel, que se negaba por completo á verle cuando corrian todos á buscarle para disputarse sus mercedes; de aquel, que en el silencio universal y en la universal servidumbre habia sabido argüirle, conminarle, ponerle frente á frente de sus arbitrariedades y de sus tiranías el ideal de la virtud y la religion del derecho. Se acordó, pues, de Savonarola, y pidió con grandes instancias que le llamaran y que le dijeran cuánto y cómo necesitaba de su auxilio para prepararse al último juicio y apercibirse á la inapelable sentencia. La severidad del monje, que á veces rayaba en dureza, resistíase con verdadera repugnancia, sintiéndose enemiga del tirano, á verle y hablarle. Conocia que apelaba á él, cuando para ninguna cosa podía servirle ya en la tierra. Si algo podía hacer Savonarola, era servir de intercesor entre los pecados de aquel hombre y la justicia del cielo; y repugnábale con grande repugnancia aminorar los justos é inevitables castigos: que á tal extremo llevaba su horror á la tiranía y al tirano. Pero los hermanos en religion le observaron cuán im-